



# La pequeña aventura

Adaptación

Autor: Rafael Vega

Un pedazo de pan podría no tener valor alguno. Pero cuando lo encuentra una hormiga, entonces la cosa es distinta. Precisamente, esto fue lo que le ocurrió aquel día a Cusita, que así la llamaban en el hormiguero.

Al ver la migaja de pan, se detuvo. Trató, como suelen hacer las hormigas, de arrastrarla, pero no pudo.

Sobre la migaja había cuatro piedritas que impedían arrastrarla. Cusita necesitaba ayuda. Subió a uno de las piedras, para ver si venía alguna hormiga, pero no vio ninguna. Sintió, bajo sus patitas, la dura superficie de la piedra. Comparó aquella dureza con la blandura apetitosa del pedacito de pan.



Cusita miró al cielo, antes luminoso, y notó que empezaba a cubrirse de nubes. Pronto llovería. El agua correría por la orilla de la acera, y arrastraría el pedacito de pan. A Cusita le preocupaba que la corriente pudiera iniciarse de un momento a otro. Desde luego, no era ésta su única preocupación. Si pasaba un perro, muy probablemente el hormiguero perdería aquella comida. Lo mismo ocurriría si un automóvil o una bicicleta aplastaba el pedacito de pan.

Cusita volvió a mirar al cielo que se iba oscureciendo. Era natural que sus compañeras estuvieran ahora cubriendo el hormiguero de terroncitos de tierra. Así lo protegerían contra la lluvia. Ante la situación, era inútil esperar su ayuda. A pesar de su inquietud, Cusita trató de tranquilizarse. Éste era el consejo que, días atrás, le había dado otra hormiga en el hormiguero.

Desde la piedra, Cusita vio un relámpago, que dejó una breve raya en la oscura pizarra del firmamento. Luego estalló un trueno. Cusita se estremeció. Pronto caería el aguacero.



Mientras tanto, en el hormiguero había tres hormigas que formaban un camino curvo. Después de colocar uno de los últimos terroncitos de tierra sobre el hormiguero, la primera hormiga preguntó:

—¿Dónde está Cusita?

—Yo la vi salir hace un rato, en esa dirección —contestó la segunda hormiga, señalando hacia un patio cercano.

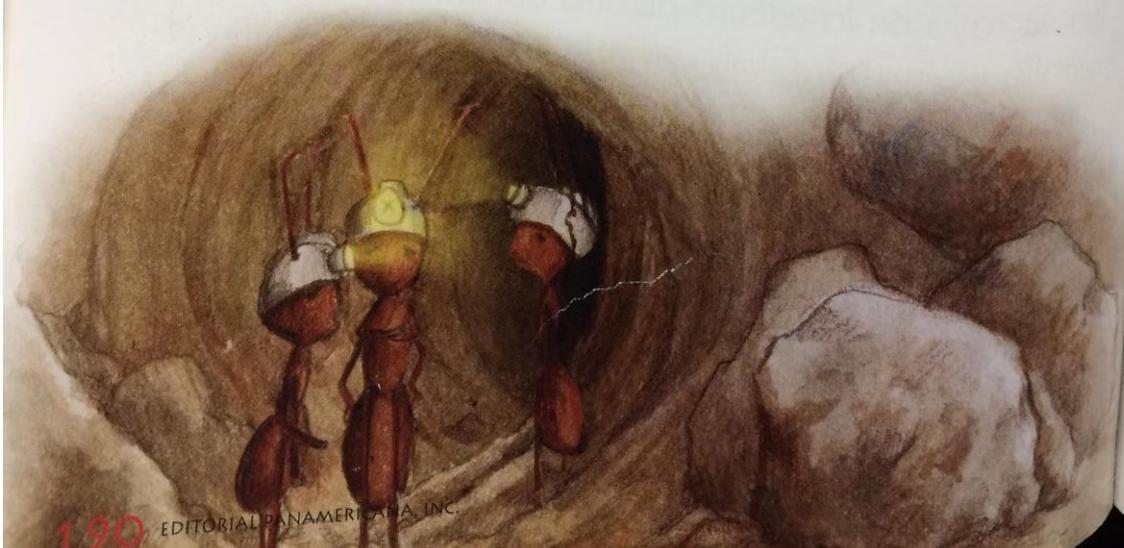
—La verdad —agregó la tercera hormiga—, es que nosotras somos andariegas, pero como Cusita, ninguna.

Entonces se acercó la primera hormiga y dijo:

—Por eso es que siempre encuentra comida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, en un tono mahumorado, la tercera hormiga.

—No te enojés— dijo la primera hormiga—. No quiero decir que tú no trabajes también, pero Cusita encuentra más comida que las demás.



—Bueno, compañeras —dijo la segunda hormiga—, no se trata de eso ahora.

Entonces, miró al cielo lleno de densos nubarrones y agregó:

—Tenemos que encontrar a Cusita. Tal vez necesite ayuda.

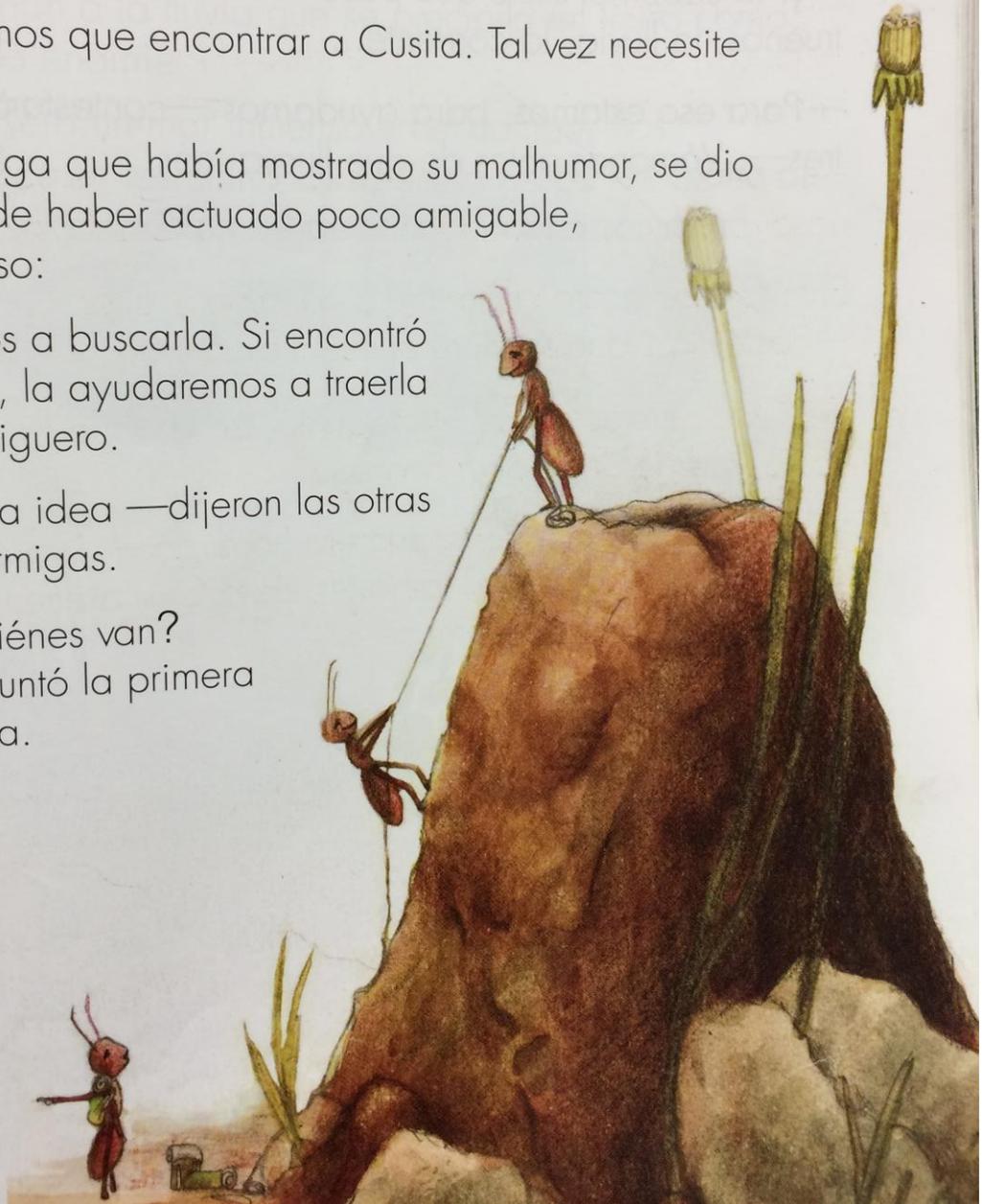
La hormiga que había mostrado su malhumor, se dio cuenta de haber actuado poco amigable, y propuso:

—Vamos a buscarla. Si encontró comida, la ayudaremos a traerla al hormiguero.

—Buena idea —dijeron las otras dos hormigas.

—¿Quiénes van?

—preguntó la primera hormiga.



—Iremos las tres —contestaron las otras dos.

Poco después, las hormigas encontraron a Cusita, y la ayudaron a traer el pedacito de pan hasta el hormiguero.

—¡No saben el susto que pasé! —exclamó Cusita. Los truenos, la lluvia, la corriente...

—Para eso estamos, para ayudarnos —contestaron las tres—. Vámonos antes de que llueva más.



